

Desde adentro

Angela Maria Tamayo Pachon

DESDE ADENTRO

ANTOLOGÍA DE CUENTOS



ANGELA TAMAYO

Capítulo 1

Ausencia

Si Epicuro de Samos dijo que el placer era el bien primero y la ausencia de todo dolor, entonces el frío vacío que se esparce desde las entrañas al enfrentarse a la ausencia de un ser amado es el dolor en su estado más cruel. La incertidumbre que le sigue al surrealismo de una trágica noticia, esa lagrima que añora salir con fuerza, pero que en sí misma representa la aceptación de un hecho que es mejor evadirlo antes de nombrarlo y darle lugar; eso, un sentimiento tan puro y desgarrador, es en sí mismo el reflejo del amor. Uno que rompió el espejo del egoísmo y del individualismo, que transformó el miedo en paz y calor de hogar, que aún ante la ausencia es capaz de arrancarle a la memoria la dosis justa de autenticidad a un par de anécdotas para una sonrisa, ese amor que nació de la chispa de la convivencia echando raíces en los más de quince años de experiencia y viendo su punto álgido en la tristeza, aflicción y lágrimas de siete corazones repartidos en cada esquina del mundo, que hoy darían el precio que fuera necesario a Caronte para darte un último abrazo.

Capítulo 2

Esos ojos

Siento mi cuerpo temblar. Los colores vibran ante mis ojos, todo lo percibo más vivo; como si cada sonido e imagen fuera nuevo, incluso el sabor entre dulzón y amargo del Choco break derritiéndose en mi boca. No entiendo que me sucede ¿podría seriamente considerar que estoy enloqueciendo? Unos segundos reposa en mi mente este pensamiento y entonces recuerdo a la amiga de mi madre que nos visitó ayer: sus manos sosteniendo la mía y su voz tan confiada, como si pudiera decirme el número ganador de la lotería, pero solo dijo: tu vida comenzara pronto. En ese momento no entendí a qué se refería, pero ahora tiene más sentido; todo el remolino de sensaciones de los últimos minutos, la vida antes de ahora no era vida o el mundo no era mundo.

Pero ahora estoy aquí, en este mundo, en este lugar. Camino por el primer piso del centro comercial durante unos minutos, mirando los locales nuevo, entonces noto que alguien me observa. La paranoia está creciendo minuto a minuto, miro alrededor una y otra vez esperando encontrar a alguien mirándome desprevenidamente y no logro encontrar a nadie. Camino cada vez más rápido esperando que la sensación desaparezca pero en cuanto giro en las esquinas mi cuerpo tiembla ligeramente y el vello del cuello se eriza. Después de unos minutos empiezo a creer nuevamente que estoy enloqueciendo, nadie me sigue; he entrado a cinco locales consecutivos para perder a mi posible perseguidor y la sensación no se va.

Voy a subir. El cambiar de piso espero que mi pequeño conflicto psicológico se quede olvidado en el piso inferior. Camino lo más tranquilamente que puedo, mirando constantemente a todos lados, escudriñando las esquinas y las entradas a los locales, pero no encontré a nadie mirando. Estoy a un metro de las escaleras eléctricas y mi corazón comienza a latir fuertemente, el ritmo de las palpitaciones se acelera, siento la emoción de un niño haciendo fila para subir a su atracción favorita. Mi cuerpo está reaccionando ante algo que aún no conozco, un par de pasos adelante y la emoción aumenta. Llego a las escaleras eléctricas, solo hay dos personas unos peldaños adelante. El recorrido es extremadamente lento, casi tortuoso para mi pobre corazón que incomprensiblemente espera con ansias llegar al segundo piso.

Al fin llego. Observo todo lo que me rodea, de izquierda a derecha, locales, muchas personas, comida, más personas y por último, a punto de llegar al comienzo de mi observación, mi corazón para un segundo; toda la emoción llega a su punto máximo y la adrenalina desaparece, no siento nada y me dejo hundir, en ese fascinante verde claro, inmenso, profundo

y picaron, puedo ver el mundo en esos ojos. La vida empieza en este instante, mi vida comienza en este verde.

Capítulo 3

Todo fue por la sopa

Cierro los ojos y recuerdo mi casa. El viento entrando por las ventanas de la cocina, el olor de la sazón de las negras y mis pies descalzos chocando con el suelo mientras recorría cada esquina de ese lugar. Consigo traer a mi mente el sabor de cada delicia que comí, la esponjosa suavidad del pescado haciendo explosiones de sabores en mi lengua junto con las diferentes hierbas que le ponían a la sopa de mar. Deseo con todo mi corazón regresar.

Se mueve la cama, es Pablo. Abro un poco los ojos, se esta levantando de la pequeña cama que nos sirvió de refugio la última semana, sus movimientos son medidos para no chocar ni con las paredes ni con el bajo techo. Y entonces se me ocurrió, la verdadera solución al infierno que llevo meses soportando, pienso en contarle a Pablo que el maldito cura que me había visitado ayer no hizo nada por mi salida, que ya tengo un nuevo plan y esta vez lo incluye a él. Es por eso que sigo mis más profundos deseos y me lanzo sobre él, para abrazarlo con toda la fuerza que puedo, disfruto este abrazo como si fuera el último, igual ya lo he decidido. Nos separamos se queda mirando como bobo mi cabello; nunca me ha dicho nada pero siempre se queda observando esa tonalidad rojiza que por poco llega al naranja, a mí me encanta y supongo que a él también. Aprovecho los minutos que se detiene a mirarme y voy retrocediendo, me alejo paso a paso y finalmente llego a la puerta y le digo:

— O no se va o me voy yo también. —

Reúno toda la fuerza que puedo y me concentro en apretar mi cuerpo contra la puerta, siento el frío de la madera pasar por mi ropa y lo miro. Ese hombre que está allí enfrente mío observándome con terror no se parece en casi nada a lo que era antes, sus ojos son más grandes ahora y su cara se ve aún más delgada que los días anteriores. A ambos nos ha afectado los meses que llevo en esta molesta celda, no es que esté en la cárcel realmente; aunque al final ¿un convento no es una cárcel para monjas? Con todas sus normas y su horrible comida que seguramente nadie comería si antes hubiera probado la sazón de las negras. Necesito dejar de pensar en la comida, a pesar de lo mucho que la extraño, entonces vuelvo a observarlo; siento mi corazón latir con fuerza en mi pecho y retumbar en mis oídos, mientras le sostengo la mirada. Y entonces habla:

— Hazte a un lado Dulce María, nos vamos ya. —

No lo dudo ni un minuto, mi pecho sube y baja, varias veces muy rápido, y me aparto para que él abra la pesada puerta. Por un momento pienso que el corto crujido de la puerta al abrir le avisará a alguna monja sobre lo que estamos haciendo, pero no es así. Solo puedo sentir mi respiración acelerarse cada vez más y escucho la de Pablo, pesada y nerviosa; asomo la cabeza por la puerta y aspiro el aire reposado por el encierro de los laberintos de celdas del convento, miro a ambos lados no veo a nadie y vuelvo a verlo, esa delgaducha cara me observa como si tuviera miedo. Solo pienso que el muy ridículo como puede tener miedo justo ahora, solo falta correr, llegar a la puerta que da a la calle y salir; lo tomo de la mano y lo jalo para correr.

Pablo empieza a dirigir nuestro camino en medio de ese laberinto de celdas siempre corriendo, paramos en cada esquina para revisar con cuidado; por fin llegamos a las escaleras, la emoción es grandísima y pienso en gritar, debo morderme los labios para no hacerlo si grito nos descubren. Bajamos paso a paso, con cuidado de que no suene nada, lo único en lo que logro concentrarme es en el aire entrando a nuestros pulmones en medio del silencio de la madrugada. Y ahí está, la puerta, la verdadera puerta, la veo y no lo puedo creer, aquí se puede acabar todo mi encierro. Sigo mirando la puerta, entonces siento a Pablo moverse a todo lado, caminar y caminar buscando algo o alguien, lo escucho suspirar mientras observa por una abertura que da a un pequeño cuarto y me acerco para mirar que sucede.

Veo a una monja sentada en una silla de madera que apenas puede soportar su peso, escucho su respiración pesada, realmente deseo de todo corazón esté lo suficientemente dormida para que no se dé cuenta que la estamos observando. Pablo se mueve hacia adelante, estoy a punto de gritarle que no lo haga, que la despertará y el muy bobo ni se da por enterado, se acerca cada vez más y las lágrimas amenazan con salir de mis ojos, la frustración de no poder gritarle. Veo la mano acercarse al cuerpo de la monja y le retira una pequeña llave a las manos entrelazadas de la mujer, hace todo lentamente, la jala poco a poco y cada dedo se va acomodando nuevamente en cuanto tiene más espacio. Parece que ha pasado una eternidad hasta que por fin Pablo se gira con la llave en las manos, alivio en su cara y una sonrisa, todo va bien y escucho un ruido sordo; alguien removiéndose, no me paro a mirar y no lo necesito para saber quién se está moviendo, solo espero que sea entre sueños. Me muevo en silencio pero rápido a la puerta, él me sigue y alcanza el candado, intenta meter la llave y no entra, una segunda vez y nada, se cae y resuena en cada rincón del pasillo, la recojo y la meto, a la primera gira y abre. Pablo empuja la puerta, la abre con mucho cuidado, conteniendo la respiración paso por en medio de sus brazos y llego a una

fría callejuela.

Siento una corriente de viento fría, veo como los primeros rayos del sol comienzan a iluminar el cielo que se ve al final de la pequeña calle. Me quedo ahí, tomando aire de verdad y llevo mi mano a mis collares, entonces me toma del brazo y me jala señalando el camino con la cabeza, dos segundos más y lo entiendo, tenemos que seguir. Lo dejo guiarme, camino junto a él rozando de vez en cuando los brazos, se ve preocupado y mira a todas partes. Llegamos a la primera esquina, primero se asoma él y mira para todos los lugares esperando si alguien aparece de repente; pero nada, todo el mundo debe estar durmiendo. Corremos por la siguiente cuadra, siento mis pies un poco adoloridos y ya poco acostumbrados a las piedras del suelo. Llegamos a la siguiente esquina. Suenan unas campanas, me asusto; no solo por el sonido sino por darme cuenta que seguramente ya no es tan temprano, las campanas despiertan a las personas e incluso puede que ya estén despiertas las monjas en el convento y se den cuenta que no estoy allá, Una pequeña angustia me recorre, esta vez miro yo, al fondo después de lo que parecen varias cuadras llenas de casas iguales veo lo que parece una plaza y mi estómago cruje, recuerdo que bote la comida de la noche anterior; decido no decirle nada a Pablo, no hay tiempo para comer, tenemos que llegar a algún lugar donde nadie nos vea. Corremos otra cuadra, luego otra y otra más.

Una pesada puerta de madera, la empujamos y entramos. Observo a mi alrededor lo que es una pequeña habitación, tristemente acomodada con una cama pequeña, una mesa que queda atrapada entre la pared y la cama, justo debajo de la única ventana que se encuentra ligeramente abierta dejando entrar los primeros rayos fuertes del sol. Calculo que es la hora del desayuno o falta muy poco para que lo sea, no solo por la luz que entra por la rendija también por el ruido de gente corriendo afuera en lo que seguramente es la plaza que vi minutos antes; ruido de gente llevando ollas, organizando mesas y corriendo sillas, y un leve crujido de mi estómago lo siento confirmar que es la hora para comer. Quiero mirar por la ventana, me acerco a ella con la intención de abrirla más y Pablo me regaña, no me grita y presiento que nunca sería capaz de hacerlo, me dice que no puedo mirar porque si alguien pasa cerca se daría cuenta que estaba ahí y no era lo que queríamos, además me cuenta que estábamos en un cuarto adicional de la iglesia y que dentro de poco comenzarían a vender desayunos a la gente en el mercado de la plaza, pasarían muchas personas y nadie debía verme en la ventana. Me asusta un poco la manera como lo dice; me gusta estar lejos de las monjas y no quiero regresar nunca a ese horrendo lugar, si me encontraran tendrían que llevarme arrastrada.

Me invita a acomodarme en la cama, me acerco un poco y él se ubica en la esquina que da contra la pared; sus ojos se ven pesados y empiezan a cerrarse, lo observo mientras me siento a su lado. No es demasiado

hermoso, en realidad es común y no entiendo porque se me acelera el corazón cuando me toca o como logra ponerme nerviosa, ni siquiera me parece lindo y se ve muy cansado. Pero mis recuerdos con él son siempre buenos, se preocupó por escucharme y creer en mi historia, de pronto por eso es que me quería escapar con él y no sola. Hay delicioso aroma en el aire, dejo de pensar en Pablo y me cruje el estómago, siento que la boca se llena de agua como un perrito esperando por comida.

Me levanto con cuidado, empujo la puerta y salgo. Siento la verdadera libertad de hacer lo que quiera y me acerco con sigilo a la calle. Recuerdo por un momento lo que me dijo Pablo pero no creo que alguien mire a esa esquina tan alejada de la plaza, además tampoco hay muchas personas. Observo todo desde esa esquina a solo unos metros de la puerta, del cuarto, de la cama y de él. Una plaza tan grande, rodeada de las típicas casitas de gente cartagenera que es rica, que tiene con qué pagar a las negras para que les cocinen y en el centro un puestico de comida: una olla gigante rodeada de negras, tres monjas y un señor gordo con pinta de cura, moviéndose entre la mesa acomodada y las maderas sobre las que esta la olla. Todos se mueven mucho, con afán y sin cuidado de nada, los observo tan concentrada que me asusta el ruido de la puerta cuando se abre y escuchar la voz de Pablo diciendo mi nombre, pero ya es muy tarde porque vuelve a crujir mi estómago.

Me llega el dulce olor a comida, esa que solo puede hacerla una negra reconozco esa sazón; me cruje otra vez el estómago, ese olor no me deja pensar, me tiemblan las piernas y se me nublan los ojos. Tomo aire, saboreo ese olor tan delicioso y corro hacia el cuenco de sopa que veo sobre ese pobre intento de mesa, esquivo dos negras que están cocinando frente a una olla gigante que esta sobre el fuego y luego está la mesa, llego al cuenco, no me importa nada, solo saborear esa comida, se desliza por mi garganta y su sabor ocupa toda mi boca, disfrutar es lo único que quiero. Está servida en un cuenco y me la llevo directamente a los labios, de todas formas nunca me gustaron los cubiertos y no es el momento para conseguir una cuchara. Dejo el cuenco en la mesa y suena al contacto con la madera, ahora si miro que hay a mi alrededor. Dos monjas y lo que parece un cura muy joven me observan aterrados del otro lado de la mesa, sus ojos están muy abiertos y parecen congelados en el tiempo. Hay otros dos cuencos de sopa idénticos al que me tome, tal vez le quité la sopa a alguna de esas personas. Siento a Pablo, justo detrás de mí, una respiración agitada y una mano me agarra del brazo y comienza a jalarme poco a poco hacia atrás, doy medio paso lentamente hacia atrás y me comienzo a girar, freno todo movimiento porque algo o alguien me agarro el cabello y lo jala, duele. Cierro los ojos, Pablo me suelta, hay mucho ruido, gente gritando y cuencos cayendo, escucho una voz conocida decir mi nombre pero no abro los ojos y otra voz de una mujer grita que el diablo se había escapado. Ahora lo sé, nos atraparon.

Capítulo 4

Cariño, todos sabemos la historia y por más que me encante la adrenalina corriendo por mis venas cada vez que te veo, no me voy a ahogar con mis propias lágrimas y es que el sol no mato al pobre Ícaro, fueron sus ganas de querer estar cerca.

O como diría mi abuela, ni tan cerca que quemé el santo ni tan lejos que no lo alumbre. Justo fue lo que pensé al escucharte del otro lado del teléfono, siempre disfrute escucharte hablar de planes, aunque diría una amiga en ti veo lo que me gusta de mí, de todas formas quería seguir disfrutando de tu emoción durante unos minutos más. Divagar mientras me embelesabas con descripciones de personas que nunca conocería, sería sin dudar uno de mis placeres culposos más difíciles de dejar sobre todo ahora que era tan consciente que mi gusto por ti radicaba en eso, tu manera de ser conmigo.

Acordamos cenar vernos a las 8 para comer, por primera vez sabía que iba a suceder. Estaba clarísimo en mi mente y sorprendentemente también en mis entrañas, tal vez por eso esas horas se estaban pasando tan lentas, mi cerebro quería tiempo para proyectar internamente nuestros mejores recuerdos.

La chispa cuando nos conocimos, el fulgor de un primer acercamiento. Tenías la seguridad de un jugador de póker, presentaste las cartas claras, movimientos precisos y con mi escasa experiencia decidí no entrar, cuidar mi juego. Y es que no es por excusarme pero ¿Quién apostaría tanto contra un jugador profesional? Ni la suerte de principiante me llevo a creerte, lo único que si retumbaría en mis oídos una y mil veces sería ese cuidado, la sutileza de escucharme sin emitir juicio fue lo que te proporciono carta de entrada para volver a jugar conmigo.

Cariño, superamos la docena de juegos en póker, venciste un par, pero me tenías rendida desde el tercero, solo que aún no lo sabíamos. Y si la suerte no me hubiera cambiado nunca lo aceptaría frente a ti, eso es lo irónico de nosotros, a nuestra manera convertimos un reto en un vínculo y estaba a punto de quebrarse.

El reloj daba las 7:55 y era la primera vez que llegaba tan puntual, sin perderme, preparada y segura hasta la medula. Y entonces te vi, antes de que notaras que estaba ahí, cruelmente pensé que realmente no tenías nada especial, se sintió demasiado bien y sí, me sentí más segura; me miraste y saludaste con tanto entusiasmo y efusividad que por poco me ablande. Pasaron los platos, las horas. Me contaste las mil vidas que habías vivido en el tiempo que estuvimos sin vernos, por primera vez

decidí creerte. Primer y único error.

Me dije a mi misma que disfrutaría creer que esto que estaba sucediendo era autentico, genuinamente era la unión de dos seres que estaban convencidos que el mejor plan de jueves en la noche era sentarse en un restaurante a contarse la vida por turnos. Y entonces en menos de tres horas me encontré increíblemente embelesada contigo, y al mismo tiempo absolutamente decidida a cercenar cualquier posibilidad amorosa contigo. El mismo ser que deslumbraba con su seguridad y afabilidad, era al que quería tener lejos para poder cuidar mi juego y ¿Cuál era ese juego? Ni yo lo tenía claro, fue justo ahí que empezó a subir desde mis entrañas una extraña presión en forma de declaración, contundente repto por mi esternón acribillando de a pocos con pequeños burlonas y grotescas palabras a cada órgano que intento protestar, fue arrasador y justo cuando creí que no podría soportar esa tortura que había arruinado toda mi diversión de la noche, salió. Con una forma nefasta, salió como pudo de mi boca una presión que sonó como mi voz diciendo "igual nada de esto importa, solo jugamos y ya me aburrí, esto es mejor dejarlo hasta aquí, fue un buen juego." Tu cara fue un poema, no eran mis cartas tampoco era mi juego, pero lo gane cuando vi tu cara.

Y ahora con un radio que se negó a funcionar como si le pagaran para ser mi verdugo esta noche, en el solitario y silencioso regreso a casa, con la nariz congestionada y un rio de lágrimas, lo veo, lo digo; solo para mí. Tu eres un sol, yo jugué a ser Dédalo aunque cada fibra de mi ser quería convertirse en Ícaro, quemarse contigo a pesar de que el riesgo fuera ahogarme en las lágrimas que justo ahora de todas formas estoy derramando.